

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.

Esta REVISTA se publica
los días 15 y último de cada mes.
Se remite á la Isla franco de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
S. Sebastian-75.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripcion por trimetr.

COFRESÍ.

NOVELA

DE ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

Sr. Don José Géigel y Zenon.

Puerto-Rico.

Yauco, Octubre 11 de 1875.

Querido amigo y deudo mio: Tiempo ha-
cía que deseaba dedicarte alguno de mis traba-
jos literarios, en gratitud al cariño y entu-
siasma aficion con que has solido acogerlos y con-
servarlos: á tí, pues, dedico éste, que no dudo
recibirás con el mismo afecto.

Siempre tuyo,

Alejandro.

CAPÍTULO I.

UN HOMBRE Y UNA NAVE.

Cofresí tiene tambien su leyenda. El per-
sonaje no es edificante; pero su leyenda lo es:
ya lo vereis. Pocos en Puerto-Rico, no ha-
brán oido hablar de este famoso pirata. Aún
recordamos aquel cantar:

Ya se murió Cofresí,
se acabaron sus hazañas....

que alcanzó en boga nuestra niñez, no lejana
al fin trágico de su vida y que arrulló nuestra
cuna.

Cabo-Rojo le vió nacer, y su apellido re-
vela ciertamente la corrupcion de algun nom-
bre extranjero castellanizado: lo que no deja
de estar conforme con la tradicion que supone
oriundo de país extraño, al progenitor de su
linaje en esta isla.

Los tiempos que alcanzó no dejaban de
prestarse á favorecer las piratescas inclinacio-
nes de nuestro hombre. Desde el siglo que
siguió al descubrimiento del Continente ameri-
cano, hasta la época en que figuró el persona-

je referido (segunda década del siglo XIX) no
había dejado de ser el mar de las Antillas un
verdadero campo de Agramante. Primero, los
caribes, los bucaneros y filibusteros, Drake y
despues los holandeses; los ingleses de nuevo,
y por último los corsarios que ponían en el
mar nuestra metrópoli y las insurgentes pro-
vincias hispano-americanas. Añádase á esto
el contrabando que se hacía en mayor escala
y abiertamente, entrometiéndose los extranje-
ros, cuyo comercio era entónces reputado por
nosotros como ilícito, á llenar los vacíos que
en la importacion dejaban en esta isla las com-
pañías nacionales, privilegiadas de real orden,
con la exclusiva. Es decir, que ya en disputa
de mercados ya en campo de merodeo para
corsarios y piratas, no era empresa fácil, para
las naves desartilladas y pacíficas, la de surcar
el mar Caribe, que raras veces lograban cruzar
con el debido sosiego.

Natural es que tan azarosos tiempos deja-
sen en estas regiones marítimas la huella de su
desórden, y que la aficion al pirateo surgiese
de la ley de la fuerza, que se había hecho cos-
tumbre, á pesar de la vigilancia de nuestras
naves de guerra, que tenían sobradas costas
que celar en América, y no tranquilo solaz en
las de Europa atareadas en las contiendas que
allí se originaban de los contrapuestos intere-
ses internacionales.

Nuestra isla de Puerto-Rico se ofrecía, ya
por su despoblacion y desguarnecimiento, ya
por sus costas no del todo libres de cercanos y
desiertos islotes, como aparejada al merodeo;
y ora la hoy deshabitada isla de la Tortuga y
el Guarico, principales nidos, en el siglo diez y
siete, de los famosos piratas de América, ora
la isla de Santhomas, franco depósito mer-
cantil de donde se surtían las demas Antillas y
la nuestra sobre todo, aunque entónces ilícita-
mente; no dejaban de ser intranquilas vecinda-
des para ésta. ¡Qué mucho que tras del ras-
tro de mercancías que cruzaban sin proteccion
de bandera y á las calladas, la corta distancia

entre la isla danesa y la española, se deslizase, alentado por lo falso é impune del asalto, alguno que otro barco audaz y aventurero, montado por atrevida ó desalmada gente, amamantada en la costumbre de la fuerza, única ley de tales tiempos y lugares, máxime cuando, como hemos dicho, los asaltados solían considerarse fuera del amparo de las del reino?

Añádase á semejantes incentivos para la codicia, á la facilidad en estas empresas fiadas solo al valor del brazo cuando no á la velocidad de la quilla, y sobradas veces al conocimiento práctico de bajos, escollos y misteriosas ensenadas si la caza era tenaz; la emprendedora y hábil osadía que debía nacer de tan perturbada época y la romanesca sed de aventuras tan apropiada á espíritus no avezados, ni con mucho aún, á buscar el lucro en el paciente trabajo ni sometidos por la costumbre á la ordenada vida de la industria; y tendremos los móviles ó resortes de un Cofresí, tal como debió ser y como fué, según la tradición que intentamos recordar.

El sol que había caldeado á Ponce, durante las largas horas de un día de estío, iba sumiéndose tras las montañas que vienen á morir en el hoy bastante conocido y transitado Peñon de Tallaboa; cuando dejando atrás el islote que por su figura de cadáver yacente en ataúd, ha dado en llamarse *Caja de muerto*, hacía derróta á la ensenada una elegante goleta de gavia, con mas lona que madera y veloz como una anguila que se desliza en su elemento. Con el velacho, brazando hasta no poder mas, sus dos cangrejas, escandalosas y foques, hinchado todo como el vientre de una araña, á cuyo insecto en estado de gravidez era mas comparable el barco en aquel momento, en que el casco desaparecía bajo el velámen; doblaba una de las puntas de la rada, ciñendo el brisote que la impelía. Sin duda ponía su mura de sotavento en actitud de recibir como agasajo las líquidas perlas del mar, y ésta lamía sus bordes con las olas que de vez en cuando trepaban por el costado, colándose á mas y mejor por los imbornales sumergidos con frecuencia.

La orzada, una vez montada la punta, no pudo ser mas hábil, y á poco, amainando vela, es decir, aferrando primero las escandalosas y luego la cangreja-trinquete y por último el contrafoque y trinetilla, para quedarse, como si dijéramos, en paños menores, con la mayor y el simple foque; enderezó sus muras y amenguó su andar. Con este velámen y el impulso de la arrancada que traía, hubo de tener para llegar, andando velozmente aun algunos cables gracias á la finura de su casco, hasta el fondeadero que había escogido.

Resonaron los eslabones sobre la cubierta, y salpicando el áncora al sumergirse, uno de

los escobenes por donde rodaba rechinando la cadena, comenzó el movimiento de cía, que hubo de cesar, mediante algunas brazas de aquélla arriadas al intento, quedando inmóvil y amarrada la goleta.

Mientras esto acontecía en el puerto, un hombre de regular estatura y cuyo vigor revelaba la edad viril, bien sostenida por el ejercicio de una vida corporal activa y fatigosa, se dejaba ver en una de las alturas próximas al cerro que ahora se llama, por su destino de atalaya del puerto y de la costa, La Vigía, y que dominaba como ahora la población, la llanura y el mar; hombre que según apariencias, no había permanecido desatento á las evoluciones de la goleta que acababa de fondear.

Su rostro atezado, pero cuyo color, entre moreno y rojizo, parecía encubrir la blancura primitiva, ó lo que es lo mismo, mas quemado por el sol que moreno de naturaleza, estaba sombreado por corrida y poblada barba negra. Iluminábanle ojos azules de mirada viva y penetrante, bajo una frente espaciosa, según podía adivinarse por la estructura y óvalo del rostro, en lo que permitía el ancho sombrero de pléita que tendía á cubrirlo en parte: rostro que no parecía dejar de ser correcto y hasta hermoso.

La forma aquilina de la nariz, reveladora de energía moral, y unos lábios finos que en momentos de impaciencia se sumían bajo los dientes; caricia, si así puede llamarse, que como la del león, podía muy bien ensangrentarlos, si la impaciencia llegaba á ser algo excesiva; aparecían como síntoma de índole suspicaz y de poca benevolencia: completando con este sello una fisonomía en que se mostraba la costumbre del mando y de las decisivas resoluciones, así como la sed de personal independencia.

En cuanto al traje, componíase del pantalón de *alistado* que solía y suele llevar la mayor parte de nuestros jíbaros, de zapatones de vaqueta y de camisa blanca, á juzgar por la parte de cuello que desprovista de corbata, mostrábase un poco, tras del holgado y burdo chaqueton de marinero que sobre sí llevaba: todo lo cual no impedía que el ojo del diestro observador pudiese sospechar, por cierta inferioridad del vestido respecto de la persona, que aquel era más que traje propio, disfraz estudiado, y que lo que parecía un pescador, un simple hombre de mar, encerraba en sí mayor significación acaso.

Sin duda el lector, ya preparado por el título de estas páginas, si se ha fijado en nuestras descripciones de aquel barco de tan preciso corte y de tan ajustadas condiciones marinerías, y en los rasgos característicos de la persona que acabamos de mencionar, junto con la atención que ésta ha prestado á la goleta y sus movimientos; juzgará, mediante tales indi-

cios de carácter y de relaciones íntimas entre el hombre y la nave, que aquel era Cofresi y ésta su barco; pero dejará de suponerlo así respecto de lo segundo, al oír en boca del primero la exclamación siguiente, lanzada en el momento de quedar inmóvil la goleta.

— ¡Soberbia embarcación! Verdadera anguila es la de ese Juan Bautista! Soberbia para mis planes! Oh!.....

Y murmuró, como á manera de amenaza, algunas palabras ininteligibles.

La embarcación no era, pues, la suya; pero de los ojos con que la había contemplado durante su entrada en el puerto, y de la codicia con que la miraba al devorar aquellas palabras entre sus labios, podía inferirse que el león había divisado la incitante presa, y sentía el apetito, el hambre de hacerla suya.

Y como la noche comenzara á tender su manto de sombras sobre la llanura y caserío de Ponce, que nuestro hombre, como hemos dicho, tenía á sus pies; comenzó á bajar hácia él, no sin cautela: perdiéndose luego entre los altos matorrales, muy copiosos allí entonces, y ocultándose éstos y él bajo las tinieblas de la noche.

La campana de la iglesia tocaba la oración: no sabemos decir cual fué la plegaria del hombre que acabamos de reconocer, á despecho del disimulo de que intenta rodearse.

(Continuará.)

EL TASSO.

TORCUATO TASSO, uno de los poetas mas célebres de la Italia por su ingenio y sus desventuras, nació en Sorrento, pequeño puerto de mar en la bahía de Nápoles el día 11 de Marzo de 1,544. Su padre, hombre de alguna distinción en el mundo político así como en la república de las letras, observando los precoces talentos que desde muy temprano manifestó Torcuato, le destinó á la profesion de las leyes, cuyo estudio siguió en la universidad de Pádua; mas como sucedió á Ovidio diez y seis siglos ántes, á Petrarca y otros favoritos de las Musas, á despecho suyo nacían versos sobre las páginas de Justiniano. Ovidio había confesado ya *Ed quod tentabam scribere versus erat*. [Cualquiera cosa que intentase escribir eran versos]. Igual confesion hubo de hacer Tasso, y su padre convencido de la inutilidad de contrariar su inclinación, le dejó en libertad para que se entregase á su estudio favorito. En 1,559 acompañó á su padre á Venecia, donde estudió los mejores autores italianos, especialmente á Dante, Petrarca y Bocacio. A la edad de diez y siete años, y en el transcurso de diez meses, compuso su *Rinaldo*, poema

en doce cantos, fundado sobre los romances entonces populares de Carlomagno y sus paladines. Esta obra publicada en 1,562, excitó la admiración general y dió origen á esperanzas que despues justificó plenamente la *Jerusalem libertada*. El plan de este poema inmortal fué concebido, segun congetura Serrasi, en 1,563 en Bolonia, donde Tasso se hallaba á la sazón prosiguiendo sus estudios. El primer borrador de él, con fecha de 1,563, se conserva aún manuscrito en la librería del Vaticano en Roma, y fué impreso en Venecia en 1,722. Dejó á Bolonia á consecuencia de las persecuciones que sufrió por ciertos ataques satíricos contra la Universidad que falsamente le fueron atribuidos, y en 1564 volvió á Pádua, donde dedicó su atención exclusiva á completar su poema épico: sacó inmensos materiales de las crónicas de las Cruzadas, y escribió, sin duda con el objeto de ejercitar su vena crítica, los *Discorsi* y el *Trattato sulla poesia*. El Cardenal Ludovico D'Este le nombró por entonces gentil hombre de su corte. Desventurado Tasso! No le era dado preveer el cúmulo de infortunios y amarguras que le había de producir el aceptar este empleo honorífico. En 1,564 se unió á la corte del cardenal en Ferrara. En 1,565 por condescender con los deseos de éste, asistió á la boda de su hermano el duque Alfonso con la archiduquesa de Austria. Allí vió á las dos hermanas del duque, y una de ellas, la célebre Leonor, ejerció desde aquel momento una influencia duradera y desgraciada sobre la vida del poeta. Dotado de una sensibilidad exquisita y una imaginación ardiente hasta el entusiasmo, no es de extrañar que los embates de una pasión violenta y sin esperanza, unidos á las persecuciones y cruel tratamiento que en todo ó parte le produjo su mal colocado afecto, y la envidia de sus rivales literarios contribuyesen á debilitar su razón y conducirlo á los bordes de la demencia; verdad es que su constitución irritable y vehemente y su temperamento desigual le predisponían para los sufrimientos de que fué víctima. El ingenio va no pocas veces acompañado del infortunio: á esta observación puede añadirse la de que frecuentemente descienden los poetas del vuelo mas elevado de la imaginación á la melancolía mas profunda; tan cierto es que á cada excitación se sigue una depresión correspondiente, como si la naturaleza quisiera así establecer en todas sus obras un sistema de compensaciones ó equilibrio eventual. En 1,571 acompañó Tasso al cardenal á la capital de Francia. Las distracciones de una corte, célebre entonces por su esplendor, no le impidieron dedicarse con celo á sus estudios poéticos. Ofendido sin embargo por cierta frialdad que creyó percibir en el cardenal hácia él, pidió licencia para retirarse á Italia.

Tal vez este no fué sino un pretexto para volver á donde le llamaba su inclinación, como parece acreditarlo el hecho de entrar inmediatamente al servicio del duque de Ferrara.

En 1573 escribió Tasso su bellissimo drama pastoral titulado *Aminta*: esta nueva producción realzó considerablemente su fama; escogió la simple naturaleza por modelo, y fué muy feliz en su imitación. El célebre poema, la *Jerusalem libertada*, recibió la última mano en 1575. Sometióle su autor á la crítica de los hombres mas eruditos de aquel siglo. La gran confusión que reinaba en las observaciones de estos críticos le causó extraordinario disgusto. Para responder á sus objeciones, escribió las *Lettere Poetiche*, que son tal vez la llave mejor para la verdadera interpretación de su poema.

Durante el año 1575 visitó Tasso á Pavia, Pádua, Bolonia y Roma, y en 1576 volvió á Ferrara. Su residencia en este punto nunca fué feliz, pues sus talentos, su celebridad, y el favor de que gozaba le suscitaron numerosos enemigos que satisfacían su encono por cuantos medios estaban á su alcance. Endulzaba sin embargo algun tanto su amargura la amistad que le manifestaba el duque, y la sociedad de la hermosa y discreta Leonor, que continuaba ocupando el primer lugar en el corazón del poeta. Para el retrato de Olinda, en el bellissimo episodio que relata su historia, se supone generalmente haber servido aquella princesa de modelo; al paso que algunos han imaginado que el mismo Tasso se halla pintado con no menos fidelidad en la descripción de su amante Sofronio.

Por este tiempo, y sin que se sepa la causa que pudo producir este cambio, empezó su conducta á manifestar indicios de una irritabilidad mórbida muy próxima á la demencia. Dejó á Ferrara y anduvo errante por varios puntos de Italia con señales evidentes de una mente afectada.

Sin entrar de lleno en la narración de todos sus movimientos, y de las vicisitudes que sufrió, aludiremos brevemente á la triste consideración de su reputada demencia. Lo que nos hace mirar esta circunstancia con más interés es la suposición general de que la princesa Leonor fué la causa secreta de la abnegación temporal á que estaban sugetas sus facultades intelectuales. Ocupada su razón constante y ardientemente con la idea de un solo objeto, el cual sabía muy bien se hallaba colocado por la fortuna infinitamente fuera de su alcance, parecía haberse separado del orden y hábitos de sus semejantes, y mirarlo todo con un espíritu irritado, impaciente y melancólico. Después de un año de ausencia, volvió á Ferrara y fué recibido por el duque con marcada indiferencia y aun desprecio. Sensible por naturaleza, y muy excitado por sus infortunios, pro-

rumpió Tasso en invectivas contra el duque y su corte. Alfonso, que algunos años ántes había sido su mayor amigo, le mandó ahora encerrar en el hospital de locos de Santa Ana, donde permaneció siete años. Algunos escritores han querido disculpar este tratamiento cruel, alegando la posición elevada del agresor y la necesidad de poner término á relaciones que pudieran tal vez haber echado un bórron en una familia ilustre; pero nosotros la calificamos desde luego de bárbara é injusta, pues si había en Tasso propensión alguna á la demencia, nada podía contribuir más eficazmente á hacerla incurable que el tenerle encerrado en una celda malsana, privado de sus libros favoritos y de toda distracción. Sin embargo, á pesar de sus padecimientos físicos y morales por más de siete años en aquella mansión de miserias y desesperación, sus facultades mentales conservaron su energía y su ingenio su brillantez; y aun allí compuso algunas piezas en prosa y verso que fueron producidas por sus amigos como otras tantas pruebas de ser falsa la acusación por la cual se le había privado de su libertad. A este período podemos probablemente referir las "*Veglie*" ó "veladas" de Tasso, cuyo manuscrito fué descubierto en la librería Ambrosiana de Milán á fines del siglo pasado. Están escritas en prosa, y expresan los sentimientos melancólicos del autor en lenguaje poético y elegante. Ya á la sazón había sido impresa y reimpressa la *Jerusalem* en Italia y Francia, y la Europa toda resonaba con los elogios que fueron prodigados á este poema inmortal, mientras que su autor se hallaba casi pereciendo en un severo encarcelamiento, enfermo desamparado, y privado hasta de los goces mas comunes de la vida.

Por fin, después de repetidas instancias por parte de los hombres mas distinguidos de la Italia, con particularidad el hijo del duque de Mantua, fué Tasso puesto en libertad. Retiróse á la corte de su libertador donde residió por algun tiempo.

Sin embargo, las repetidas desgracias que había experimentado, habían de tal modo labrado en el carácter del malhadado poeta, que de día en día se hacía mas irritable é impaciente. Solicitó y obtuvo licencia del duque de Mantua para pasar á Nápoles con la esperanza de obtener parte de los bienes pertenecientes á su familia que habían sido confiscados por el gobierno. Salió pues para dicha capital en 1588. Por este tiempo hizo varias enmiendas en su poema de la *Jerusalem*, y quitó todos los elogios que había tributado á la casa de Este. Alfieri solía decir que esta edición corregida del poema era la única que había leído con gusto.

Desesperanzado de obtener el objeto de su visita á Nápoles, é invitado por el gran du-

que de Toscana, marchó Tasso á Florencia donde fué recibido por el príncipe y el pueblo con las señales mas evidentes de admiración. Al encontrarle en las calles exclamaban las gentes "Mirad, ese es Tasso! El extraordinario y desventurado poeta!"

La anécdota siguiente prueba que á pesar de los vaivenes de su fortuna y la inconsecuencia con que fué tratado por los grandes y poderosos, la excelencia de sus obras había arrebatado los corazones aun de los seres mas feroces é intratables de la especie humana.

Los confines de los Estados del Papa se hallaban por entonces tan infestados de bandidos que los viajeros se veían en la precision de reunirse en gran número para protegerse mutuamente. Tasso debiendo pasar de Nápoles á Roma se reunió á una de estas caravanas, y al llegar á las inmediaciones de Mola, ciudad pequeña no lejos del límite meridional del Estado Eclesiástico, tuvieron noticia de que Sciarra, un famoso capitán de ladrones se hallaba cerca con un cuerpo formidable de bandidos. Tasso era de parecer que debían continuar su camino y procurar defenderse; pero su opinion no prevaleció, y determinaron guarecerse en Mola.

En este pueblo permanecieron algun tiempo bloqueados por Sciarra; por último el bandido al oír que Tasso era uno de los viajeros le envió un mensaje asegurándole que podía continuar su viaje sin temor alguno, y aun ofreció acompañarle donde quisiese. Tasso le dió las gracias, pero rehusó valerse de su oferta sin duda porque desconfiaba de las promesas de un hombre de la condicion de Sciarra. Pero éste volvió á enviar otro mensaje manifestando, que por respeto al poeta eminente retiraría su partida dejando el camino libre; y así lo hizo.

Esta vez á su llegada á Roma fué recibido Tasso por los cardenales Cinzio y Pietro Aldobrandino, sobrinos del Papa, no como un cortesano sino como amigo. El Sumo Pontífice de acuerdo con su consejo había determinado coronarle solemnemente de laureles en el Capitolio como se había hecho anteriormente con Petrarca; ceremonia augusta ejecutada solo en favor del poeta mas eminente del siglo.

Cuando fué presentado al Papa por los cardenales Cinzio y Aldobrandino, le dijo aquel: "Torcuato, os concedo el laurel para que recibas de vos el honor que ha conferido á los que le han ceñido ántes." En nada se pensaba entonces sino en la próxima solemnidad. Expidiéronse órdenes para adornar no solo el palacio del Papa, sino el Capitolio y las principales calles por donde debía pasar la procesion. Tasso, sin embargo, parecía mirar con indiferencia estas magníficas preparaciones, y aun se dice que refiriéndose á ellas, citó un verso de

Séneca cuyo sentido es que, "la muerte cercana anonada los elogios." Sus melancólicos presentimientos fueron realizados. Mientras que para dar á la ceremonia mayor esplendor se pospuso para el día 25 de Abril de 1595, fué atacado el poeta de su última enfermedad, y aunque no había cumplido cincuenta y un años de edad, sus estudios y las desgracias que experimentó le atrajeron una vejez prematura.

Persuadido de que se acercaba su fin, pidió le llevasen al monasterio de San Onofre, donde su padre, veinte años ántes, había exhalado el último suspiro. Fué recibido y tratado con la mayor ternura por el prior y los monjes de aquel convento. Los médicos de Roma se valieron de todos los recursos del arte, pero Tasso, sin embargo, empeoraba de día en día, y cuando Rinaldini, su amigo íntimo, médico de cámara del Papa, le dijo que su última hora se acercaba, le dió las gracias por esta nueva, y reconoció la bondad de Dios que se dignaba por fin traerle al puerto despues de tan larga borrasca." Recibió la bendición del Papa y expiró ántes de concluir la invocacion "In manus tuas, Domine!" Fué enterrado aquella misma noche en el sitio que había escogido, y una lápida sencilla fué colocada sobre sus restos mortales. Cuando su íntimo amigo Manso vino despues á Roma á visitar su sepulcro, hizo grabar sobre la lápida esta sencilla inscripcion,

HIC JACET TORCUATUS TASSO.

Tasso era alto y bien proporcionado; sus facciones aunque expresivas, indicaban una melancolía habitual: su tez era muy morena y los ojos vivos. Ha dejado muchas y bellísimas obras en prosa y verso; pero su celebridad se funda principalmente en la *Jerusalem libertada*; las demas son comparativamente poco leídas. Entre sus compatriotas, ha sido desde la época de Pellegrini asunto favorito de controversia el mérito comparativo de esta grande obra, y el del *Orlando furioso*. Los que persisten en sostener que Ariosto era de los dos el mejor poeta, no pueden negar la superioridad de la *Jerusalem* como poema; y de esta opinion era Metastasio, quien en su juventud había sido tan grande admirador del *Orlando* que ni aun quiso leer la *Jerusalem*; pero cuando mas adelante la examinó con atencion, quedó tan encantado de su belleza y regularidad, que habiéndole pedido su opinion respecto al mérito comparativo de ambas obras, respondió en estas palabras; "Si algun día le ocurriese á Apolo el hacerme gran poeta y exigiese de mí le declarase con franqueza á cual quería tomar por modelo, si al *Orlando* ó á la *Jerusalem*, no titubearía un instante en responder, la *Jerusalem*."

Los principales biógrafos de Tasso entre sus compatriotas son, su amigo Manso, que escribió su vida en 1600, solo seis años después de la muerte del poeta; y el abate Serassi, cuya obra fué publicada en Roma en 1785, y después en Bérgamo en 1790. Además de estas biografías existe la vida de Tasso escrita en francés por el abate de Charnes (1690.); y la de Mr. Suard que acompaña á la traducción de la *Jerusalem* por Prince-Lebrun (1823, dos tomos en 8vo.) La edición más completa de las obras de Tasso es la de Molini en ocho tomos 8vo. Florencia 1822—26.

EL TELESCOPIO.

El alma iba peregrina por los caminos de la vida.

Abrió los ojos y se halló sin patria, abandonada á las orillas del mundo, — proscrita de un hogar ignorado, — expósita llena de gemidos que se agita en la sombra y tiende los brazos á lo desconocido.

La esperanza le dijo en secreto no sé qué palabras misteriosas, que así parecían murmullos de la brisa como reflejos de la aurora, y levantando su mirada á lo más alto de los cielos, el alma iba peregrina por los caminos de la vida.

Buscaba á Dios.

Subió á la cumbre de las grandezas humanas y gimió, — porque allí no había sino vanidad y vacío.

Trepó con paso trabajoso y cansado á la cima altísima de la gloria y suspiró, — porque era sombra.

Ascendió á las alturas de la riqueza y el deleite y desfalleció, — porque todo fué mentira que pasa y aficción de espíritu que queda.

Y andaba triste y peregrina por los caminos de la vida.

Detrás el vacío; á su frente lo infinito.

Un génio cruzó la vía. Hondísima arruga surcaba su frente; quebrado el brillo de sus ojos y pálido el semblante. Su mirada como lamento; su voz como sollozo. Y la habló:

— ¿Buscas á Dios?

— Está muy lejos.

— ¿Quiéres verlo? Solo yó puedo dar á tus ojos la lente maravilloso que aleja las sombras y acerca el infinito. Házme tu compañero y amigo!

El génio tomó una lágrima de sus párpados amortecidos y la puso en sus pupilas.....

El alma, trémula, palpitante y reverente, cae de improviso arrodillada.....

Solo detrás de una lágrima se ve á Dios.

E. C.

TODO, MENOS ESO.

El amor podrá ser, te lo confieso, esperanza ó recuerdo, ó algo más; ¡suplicio horrible! pero dicha... eso... no puede ser jamás.

Por él llevo en mi cuerpo el alma muerta y busco un lecho eterno, un panteón: mujer, amor, no llames á mi puerta; no está mi corazón.

Díme que huelle el polvo de tu rastro; que te contemple á un mágico traslúz; que te busque en las noches como un astro, y duerma entre tu luz;

Que si me amas y olvidas, te perdone; que finja la pasión ó el frenesí; que los lábios de besos te corone; que crea en Dios y en tí;

Que mi sangre ó mi hiel por tí derrame; cuanto tu quieras, dímelo mujer; mas no me pidas, por piedad, que te ame, eso... ¡no puede ser!

G. Belmonte Muller.

LA EMBAJADA.

¡Sus! Servidor! y enjaeza
Mas que á paso tu alazan
Y arriba y por la maleza
Camina á la fortaleza
Del rey Cristian;
Y con maña y sutileza
Vé y sonsaca por quien soy
Al palafranco real,
Cual de las princesas,
Cual se casa hoy.
Si fuere la rubia,
Al punto ven de retorno
Y me avisa.
Si la morena, el asunto
No corre prisa.
Mas si fuese lo primero,
Al maese cordelero
Compra un cordel al pasar,
Monta luego en tu corcel
Y despacio y sin chistar
Traeme el cordel.

Traducción de Henri Heine.

EL ESCARABAJO DE ORO

POR EDGARDO POE.

(Continuacion.)

— Si sé, si sé, mi mano izquierda es la que me sirve para partir leña.

— Recuerdo que eres zurdo, y tu ojo izquierdo se halla en el mismo lado que tu mano izquierda. Ahora supongo que podrás hallar el ojo izquierdo del cráneo, ó el sitio que ocupaba. ¿Lo has hallado?

Después de una larga pausa, el negro preguntó:

— El ojo izquierdo del cráneo se halla en el mismo lado que la mano del mismo? Pero el cráneo no tiene manos. No importa, aquí está el ojo izquierdo. ¿Qué he de hacer ahora?

— Arría el escarabajo, tanto como lo permita el bramante, pero guárdate de soltarlo, haciéndolo pasar por el ojo izquierdo.

— Ya está hecho Massa Will, no es difícil hacer pasar el escarabajo por el agujero: miradle cómo baja.

Durante este diálogo, la persona de Júpiter había quedado invisible; pero el insecto que dejaba bajar aparecía en el extremo del bramante, y brillaba como una bola de oro bruñido á los últimos rayos del sol que se ocultaba en su ocaso y que iluminaba aún débilmente la eminencia en que nos hallábamos. El escarabajo al bajar apartaba el follaje, y si Júpiter lo hubiese soltado, habría caído á nuestros pies. Legrand se apoderó de la hoz y cortó las zarzas en un espacio circular de tres á cuatro yardas de diámetro, debajo del insecto, y terminada esta operación, mandó á Júpiter que soltara el cordel y bajara del árbol.

Con un escrupuloso cuidado, mi amigo hundió en tierra una clavija, en el mismo punto en que cayera el escarabajo, y sacó del bolsillo una cinta de medir. Atóla por uno de los extremos al tronco del árbol, la desarrolló hasta la clavija y continuó desarrollándola en la dirección dada por estos dos puntos; la clavija y el tronco, hasta la distancia de cincuenta pies. Entre tanto Júpiter segaba las zarzas con la hoz. En el punto encontrado así, clavó una segunda clavija que tomó como centro, y en torno del cual describió groseramente un círculo de cuatro pies de diámetro. En seguida se apoderó de una azada, me dió otra y otra á Júpiter, y nos rogó que caváramos tan vivamente como nos fuera posible.

A decir verdad, nunca me había dado por semejante diversion, y en el caso presente me habría pasado sin ella con mucho gusto, pues la noche se adelantaba y me sentía bastante cansado del ejercicio de aquella tarde; pero no hallaba medio de sustraerme á aquella ocupación, y temía turbar con una negativa la prodigiosa serenidad de mi pobre amigo. A poder contar con la ayuda de Júpiter, no habría vacilado en llevar por fuerza al loco á su casa; pero conocía muy bien el carácter del negro para esperar su asistencia en caso de una lucha personal con su amo en cualquiera circunstancia. Ya no me cabía duda de que

Legrand estaba infestado de una de sus innumerables supersticiones del Sur relativas á tesoros escondidos, y que esta creencia se había confirmado con el hallazgo del escarabajo ó quizás con la obstinación de Júpiter en sostener que el escarabajo era de oro puro. Un espíritu predispuesto á la locura podía dejarse arrastrar por semejantes sugerencias, particularmente si concordaban con sus ideas favoritas preconcebidas; después recordé el discurso del pobre mozo relativo al escarabajo *indicio de su fortuna*. A pesar de sentirme cruelmente atormentado, resolví cavar con gusto para convencer lo mas pronto posible á nuestro visionario de lo imaginario de sus cavilaciones por medio de una demostración ocular.

Encendimos las linternas, y emprendimos nuestra tarea con una unión y celo dignos de causa mas racional; y como la luz caía sobre nuestras personas y útiles, no pude menos de pensar que formábamos un grupo verdaderamente pintoresco, y que si un intruso hubiese caído por casualidad en medio de nosotros, se le habríamos aparecido como ocupándonos en una tarea muy extraña y sospechosa.

Cavamos con fuerza durante dos horas, sin hablar palabra. Nuestro principal embarazo era causado por los ladridos del perro, que se interesaba excesivamente en nuestro trabajo. Se puso después tan turbulento, que temimos alarmar á los rondadores de las cercanías, ó por mejor decir, éste era el gran cuidado de Legrand, pues por mi parte me hubiera alegrado de cualquiera interrupción que me hubiese permitido volver al vagabundo á su casa. Por fin cesó el alboroto, gracias á Júpiter que lanzándose fuera del hoyo con aire furiosamente decidido puso por medio de una correa un bozal al perro, y volvió á la tarea con una risita de triunfo muy grave.

En dos horas habíamos hecho un hoyo de cinco pies de profundidad, sin hallar indicio alguno de tesoro. Hicimos una pausa general, y empecé á esperar que la farsa tocaba á su término. Sin embargo, Legrand, aunque al parecer muy desconcertado, se enjugó la frente con aire pensativo y volvió á coger la azada. El hoyo ocupaba ya toda la extensión del círculo de cuatro pies de diámetro; nos apartamos de este límite y lo ensanchamos dos pies mas. Nada encontramos. Legrand, á quien compadecía de todo corazón, saltó en fin fuera del hoyo, pálido, á mas no poder, y decidióse lentamente y como con disgusto á vestirse de nuevo la levita que se había quitado antes de poner manos á la obra. Por lo que á mí hace, me guardé de hacer observación alguna. A una señal de su amo, Júpiter empezó á recoger los instrumentos; hecho lo cual, y libre el perro de la correa, emprendimos en silencio el camino de la cabaña.

Habíamos dado unos doce pasos, cuando Legrand, profiriendo una terrible blasfemia se precipitó sobre Júpiter, agarrándole por el cuello. El negro estupefacto abrió los ojos y boca en toda su amplitud, soltó las azadas y calló de rodillas.

— ¡Malvado! gritó Legrand haciendo silbar las sílabas entre los dientes, ¡negro maldito! ¡pícaro negro! habla, te digo; respóndeme en seguida, obedece: ¿cuál es tu ojo izquierdo?

— ¡Misericordia! Massa Will, ¿acaso no es este mi ojo izquierdo? decía Júpiter asustado, llevándose la mano al órgano *derecho* de la vision, y señalándolo con la tenacidad de la desesperación, como si temiera que su amo tratara de arrancárselo.

— ¡Ya lo sospechaba! ¡viva! vociferaba Legrand soltando al negro y dando brincos y cabriolas, con grande asombro de su criado, que levantándose paseaba en silencio sus ojos desde su amo á mí y desde á mí á su amo.

Y se dirigió hácia el tulípero.

— Júpiter, dijo cuando hubimos llegado al pié del árbol, acércate. ¿El cráneo está sujeto de cara al exterior, ó de cara á la rama?

— De cara al exterior, Massa, de modo que los cuervos se han podido comer los ojos sin ninguna dificultad.

— Bien. ¿Has pasado el cordel por este, ó por este otro ojo?

Y Legrand tocaba alternativamente los dos ojos de Júpiter.

— Por éste, Massa, por el izquierdo, según me mandásteis.

Y el pobre negro se volvía á tocar el ojo derecho.

— No hay mas, hemos de empezar de nuevo.

Entonces mi amigo, en cuya locura veía ó creía ver ciertos indicios de método, hundió la clavija que indicaba el punto en que había el escarabajo, á tres pulgadas hácia el oeste de su primera posición. Extendiendo otra vez la cinta desde el punto mas inmediato del tronco hasta la clavija, como había hecho ántes, y continuando en extenderlo en línea recta á una distancia de cincuenta piés, marcó un nuevo punto apartado algunas yardas del sitio en que habíamos habierto el hoyo.

En torno de este nuevo centro trazó un círculo algo mas ancho que el primero, y empezamos otra vez á manejar las azadas. Yo estaba excesivamente cansado; pero sin poderme dar cuenta de lo que ocasionaba un cambio en mi pensamiento, ya no sentía tanta aversión á la tarea que me habían impuesto. Me interesaba sin saber por qué, y diré mas, me sentía excitado. Había en la estravagante conducta de Legrand un aire deliberado, una especie de ademan profético que me impresionaba. Ca-
vaba ardientemente, y de vez en cuando me

detenia como buscando con los ojos y lleno de esperanza, el tesoro imaginario cuya vision había enloquecido á mi desdichado amigo. Hacía casi una hora y media que estábamos trabajando, cuando otra vez vinieron á interrumpirnos los violentos ladridos del perro. Su inquietud en el primer caso era evidentemente resultado de un capricho ó de una loca alegría; pero esta vez tenía un tono mas violento y mas caracterizado. Cuando Júpiter trató de ponerle de nuevo el bozal, hizo una resistencia furiosa, y saltando dentro del hoyo, se puso á escarbar frenéticamente la tierra con las uñas. Pocos segundos despues había descubierto una masa de huesos humanos, formando dos esqueletos completos, y mezclados con algunos botones de metal y con una cosa que nos pareció lana vieja podrida y desmenuzada. Uno ó dos golpes de azada hicieron saltar la hoja de un gran cuchillo español; cavamos más, y hallamos tres ó cuatro monedas de oro y plata.

Al verlas, apenas pudo Júpiter contener su alegría; pero en el semblante de su amo veíase un profundo descontento. Nos rogó que continuáramos nuestros esfuerzos, y apenas había acabado de hablar, cuando tropecé y caí de cara; la punta de mi bota se había introducido en un sendo anillo de hierro que estaba medio sepultado debajo de un monton de tierra removida.

Seguimos trabajando con nuevo ardor: nunca he pasado diez minutos de tan viva exaltacion. Durante este intervalo, desenterramos una arca de madera de figura oblonga que, á juzgar por su perfecta conservacion y extrema dureza, había sido sometida á algun procedimiento mineralógico, quizá al bicloruro de mercurio. El arca tenía tres piés y medio de largo, tres de ancho y dos y medio de profundidad. Estaba cerrada perfectamente por medio de planchas de hierro forjado, formando una especie de enrejado. Tenía á cada lado tres anillos de hierro, por medio de los cuales seis personas podían llevarla. Todos nuestros esfuerzos reunidos solo consiguieron moverla ligeramente, y esto nos persuadió de la imposibilidad de trasportar un peso tan enorme. Felizmente, la tapa solo estaba sujeta por dos cerrojos que hicimos correr, temblando y jadeantes de ansiedad. En un momento un tesoro de incalculable valor presentóse resplandeciente á nuestros ojos. Los rayos de las linternas caían en el hoyo, haciendo brillar un monton confuso de oro y de alhajas, con resplandores que nos deslumbraban.

(Continuará.)

Establecimiento Tipográfico de Gonzales.